

# En el mes del Rosario

**Q**UERIDOS HERMANOS Y HERMANAS:

Mediado el mes de octubre, mes del Rosario, quiero dedicar mi carta semanal a esta devoción antañón tan popular y que ha alimentado la fe de muchas generaciones de cristianos. El rezo del Rosario ha sido reiteradamente recomendado por los Papas. Juan XXIII lo consideraba como una *“muy excelente forma de oración meditativa”*; Juan Pablo II nos confesó que era su *“devoción predilecta”*; Benedicto XVI, por su parte, nos ha dicho que *“si la Eucaristía es para el cristiano el centro de la jornada, el Rosario contribuye de manera privilegiada a dilatar la comunión con Cristo, y enseña a vivir manteniendo fija en Él la mirada del corazón para irradiar sobre todos y sobre todo su amor misericordioso”*.

Rezar el Rosario es una manera sencilla de acercarse al corazón de nuestra fe, pues en él recordamos los hechos más importantes de la vida del Señor. De la mano de la Virgen y, tratando de suscitar en nosotros sus mismos sentimientos, contemplamos el rostro de Cristo y recorremos los acontecimientos estelares de la historia de nuestra salvación. Esta contemplación fortalece la fe, alimenta la esperanza y estimula el amor hacia Dios y hacia el prójimo.

Entretejemos nuestra contemplación con el rezo de un Padrenuestro y diez Avemarías. Con el Padrenues-

tro elevamos la mirada al Dios providente, misericordioso y salvador. Con el rezo de las Avemarías buscamos la compañía de la Virgen María para entrar en los misterios de la vida de Cristo con sus mismas disposiciones espirituales. Así el rezo del Rosario es

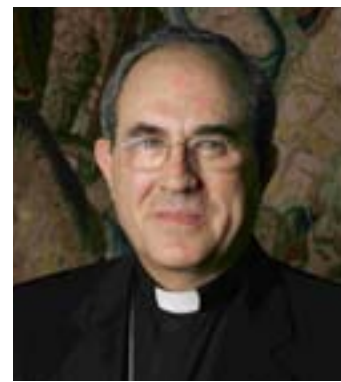
**Rezar el Rosario es una manera sencilla de acercarse al corazón de nuestra fe, pues en él recordamos los hechos más importantes de la vida del Señor.**

una contemplación de la vida santa de Jesús, acompañados de la Virgen, bajo la mirada paternal del Dios salvador. El rezo del Gloria, al final de cada misterio, nos hace levantar el corazón hasta la Trinidad Santa, misterio fundante de nuestra fe.

El rezo diario del Santo Rosario –nos decía Juan Pablo II– es capaz de transformar la vida de las personas, de las familias y de la sociedad. Es una devoción profunda y sencilla, al alcance de todos, jóvenes y adultos, niños y ancianos, sanos y enfermos, cultos y menos cultos. La podemos practicar en casa, en el paseo, camino del trabajo, en el coche o en el autobús. Es una devoción suave, tranquila y relajante, remanso de paz y de sosiego que tanto necesitamos en el ajetreo de la vida diaria.

Qué bueno sería que todos hiciéramos un esfuerzo eficaz para recuperar esta devoción en la vida personal y comunitaria. El santo Rosario hace mucho bien a quien lo reza devotamente. La contemplación de los misterios cimeros de nuestra fe, produce

en nosotros, por una cierta ósmosis bienhechora, una afinidad con lo que meditamos, al tiempo que nacen en nuestros corazones las semillas del bien, que producen frutos de paz, bondad, justicia, reconciliación y solidaridad. Ningún buen cristiano debería acos-



*del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad, experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo, la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con la vida humana”*.

tarse tranquilo sin rezar cada día el Rosario, exigencia de nuestro amor filial a la Santísima Virgen. También nuestras familias tendrían que hacer el esfuerzo de recuperar el rezo del Rosario en el hogar, a pesar de que las circunstancias de la vida actual no son las mismas que hace unas décadas. Cuánta paz brotaría en las relaciones familiares, cuántas crisis se evitarían, cuántas quiebras de la unidad, cuánto dolor y cuánto sufrimiento. La vida familiar es forzosamente distinta cuando en el hogar se concluye la jornada con el rezo del santo Rosario.

Algunos hermanos nuestros han abandonado el Rosario alegando que es una devoción alienante porque nos aleja del mundo, de los dolores y sufrimientos de nuestros hermanos. No es verdad si tachonamos de nombres y de intenciones nuestro Rosario. Juan Pablo II nos ha dejado escrito que mientras rezamos las decenas del Rosario, *“nuestro corazón puede incluir [en ellas] todos los hechos que entran en la vida*

Antes de concluir, quiero hacer unas sugerencias a los sacerdotes: no dejéis perder la tradición hermosísima del Rosario de la Aurora donde existe esta costumbre y creadla allí donde sea posible. Restaurad donde se haya perdido el rezo del Rosario en la parroquia antes de la Misa de la tarde. Sugiero otro tanto en las aldeas en las que no se celebra la Misa en los días laborables. No es de recibo que la Iglesia quede cerrada durante toda la semana. Estoy seguro de que encontraréis un laico, hombre o mujer, que avise a toque de campana que un grupo de fieles se reúnen para honrar a la Virgen. Es una hermosa manera de mantener viva la fe de la comunidad y de recordar a todos que, además de los valores puramente terrenales, hay otros valores que dan firmeza y sentido a nuestra vida.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Wau i. asejo  
Ob. de Córdoba